realizado todas sus esperanzas; aquel hijo, segun su corazon, digno de ser cabeza de la casa de Orrea. No se puso luto, ni se la vió derramar una lágrima. Tenia en su cuarto el bello retrato de su hijo, que adornó con una corona de laurel y una palma. Pero la muerte de Cárlos la destruyó. Era el último Orrea, y el primero que habia muerto defendiendo una causa que no era la de la Religion, la del Rey ni la del país. Su existencia se rindió, y aplomó, como las velas del barco al que falta la brisa vivificadora. Murió en los brazos de la inconsolable Esperanza, que se habia casado con un hombre de mérito, elegido por su madre.

Ésta hija perfecta tuvo dos hijos. El mayor, criado al lado de sus padres, pasó en 1837 á las filas de D. Cárlos, y sucumbió en el sitio de Bilbao. El segundo, criado en el colegio de artillería, hizo sus primeras armas al lado del general de la reina, Córdova, y halló la muerte en la accion de Mendigorría.

Cuando Esperanza, loca de dolor por tan crueles pérdidas, por ver todos los ídolos de su corazon víctimas de la terrible y horrorosa guerra civil, el más espantoso azote que se fragua el hombre por su propia mano, se hallaba ahogada por lo intenso de su dolor, se iba al convento á ver á Élia, y volvia de él serena y resignada.

FIN.

EL

ÚLTIMO CONSUELO.

Á LA SEÑORA

DOÑA MARÍA FLORENCIA ROMERO DE PASTRANA.

El modesto homenaje que con esta dedicatoria le tributamos, no es sólo una muestra de la entusiasta y profunda amistad que profesamos á una señora que con orgullo puede mostrar España á los ojos de aquellos que se atreven á poner en duda que haya en ella mujeres que brillan por su saber, por su distincion, por sus superiores alcances y por su esmerada educacion en la más alta esfera de la cultura europea; sino que es tambien una deuda que pagamos, por ser ella la que nos ha comunicado el hecho principal y verídico que es el asunto del cuadro que vamos á delinear.

ADVERTENCIA.

Háse dicho, para rebajar la realidad, segun la propension de los pesimistas, que inventamos los cuadros que escribimos. Lo que la imaginacion crea en punto á hechos y sentimientos religiosos, está patente en la impúdica religion de los griegos, en la feroz de los salvajes, en lo grotesco de la de los indios, y en lo ridículo de los ídolos chinos. Lo santo y lo sublime, en sentimientos como en hechos, *no lo inventa la imaginacion*, y sólo se encuentra en aquello que dimana de su fuente, que es la religion cristiana, en su pureza y en su no interrumpida filiacion católica.